

VISIÓN DEL HOMBRE A PARTIR DE FRANCISCO DE ASÍS

Fr. Sergio Carballo ofm

¿Cuál es la visión del hombre que implícita o explícitamente emerge en los Escritos de Francisco? ¿Qué piensa Francisco del hombre de su tiempo? ¿Su antropología es totalmente deudora de la antropología del s. XIII, o tiene algún rasgo original, novedoso, que nace de la misma novedad como Francisco contempla a Dios, al hombre y a la creación? ¿Y la antropología de Francisco puede decirnos algo a nosotros hombres del siglo XXI? ¿Puede de alguna forma darnos indicaciones, sugerencias, pistas, para la teoría y la praxis educativa?

Vamos a interrogar a Francisco acerca de su visión del hombre. Cómo es su mirada del ser humano, cómo lo comprende, cómo lo asume, cómo lo trata, cómo lo considera, cómo y quién es el otro para él. Cuál es el concepto que él mismo va descubriendo sobre sí mismo, cuál es el lugar desde donde él se sitúa para vivir y desplegar su propia historia de relación a partir de sus tres grandes focos referenciales: Dios (Padre-Creador) – Hombre (hermano) – Naturaleza (hermana).

¿Cuál es la visión del hombre en tiempos de Francisco, en el siglo XIII? Se pueden distinguir dos perspectivas antropológicas: una más escolástica, perteneciente a los sectores religiosos, y a los pensadores (teólogos y filósofos) de la época: Ugo de San Víctor, Alano de Lila, San Bernardo, Guillermo de Saint-Thierry, que pensaban al hombre como un compuesto de alma y cuerpo, pero donde la prevalencia lo tenía el alma por sobre el cuerpo. Y una línea más popular, extendida sobre todo por los movimientos heréticos, como los cataros, quienes herederos del pensamiento platónico-agustiniano, consideraban al cuerpo como la cárcel del espíritu, por lo que despreciaban todo lo que tenía que ver con la materia, la carne, el cuerpo. El siglo XIII consideraba al hombre como criatura de Dios, creado a su imagen, pero también cargado de pecado y de ruina. Una obra literaria que marco la espiritualidad de occidente del siglo XII y XIII será el escrito de Lotario de los Condes de Segni, luego el famoso Papa Inocencio III, titulado “Del Desprecio del Mundo o de la miseria de la condición humana”. En esta obra se interpreta el mundo y la vida provocando una náusea existencial, con una mirada sobre la condición humana muy pesimista¹.

Entre la mirada de Inocencio III y Francisco ya se puede visualizar una distancia: mientras que para el primero la mirada sobre el hombre y el mundo es pesimista, sobre todo por estar atravesado por la enfermedad, la culpa y el pecado; todas ellas cristalizadas en el leproso; Francisco mira desde otro ángulo la misma realidad y condición humana: el ángulo de su mirada es Cristo, cuya imagen está escondida debajo de la condición humana, sobre todo de una humanidad desfigurada y herida por la enfermedad y la indigencia.

Las biografías de primera línea, como las de Tomás de Celano, la Leyenda Mayor y Tres Compañeros, presentan a Francisco de Asís como “*el hombre nuevo y de otro mundo*” (Cf. 1C 82; LM 4,5/12,8; TC 12,54). Podríamos decir que es una expresión en las cuales éstos biógrafos, recogen la figura de Francisco, no desde categorías alegóricas “el nuevo adám”, ni filosóficas “logos vertical”, sino a partir de la dinámica de quien

¹ Cf. Roberto Carboni Ofmconv, “El Hombre de San Francisco. Visión del hombre según Francisco de Asís y relación de su antropología y praxis formativa en la Orden franciscana Conventual” Artículo presentado en Congreso de Formación y Estudios de la Orden.

está siempre llegando, en permanente advenimiento, y por lo tanto, alguien inacabado y en vías de realización. Esta visión del hombre por llegar y que ya llega, expresa vivamente la confianza en la condición humana en permanente advenimiento y apertura histórica².

Francisco no es un teórico, no es un filósofo, ni un teólogo en el sentido clásico de estos términos, por lo tanto, podemos inferir su comprensión del hombre, de Dios, y de la historia, a partir de la forma o el modo como el entiende y vive (practica) las distintas relaciones en las que configura su vida. Por eso, intentaremos ensayar una visión del hombre, sin pretender articular una antropología, sino más bien espigando aspectos o dimensiones a partir de una mirada complexiva de la vida de Francisco, y que nos ayuden a reflexionar sobre nuestra condición humana y nuestro lugar en el mundo.

1. ***La dimensión relacional. Un hombre capaz de superar la soledad y el individualismo. Se comprende a partir del paradigma de la alteridad, la interdependencia y la relación***³.

La categoría de “relación” es la que cualifica la mirada o la perspectiva franciscana sobre el hombre. El hombre es ante todo un ser fundado en una relación primigenia: “con su creador” Dios, a partir de esa relación inaugural vive y desarrolla todas las demás relaciones: consigo mismo, con los demás, con la creación. Así el hombre, aunque es reconocido como criatura eminente entre todas las otras, no está aislado y en cierto sentido encerrado sobre sí mismo, como ocurría en las visiones antropológicas del tiempo, sensibles a la invitación agustiniana del “entra en ti mismo” (porque en la interioridad está la verdad y la verdadera vida); sino que está abierto e integrado vitalmente en el gran teatro de las obras divinas, que señalan la presencia de su Hacedor y a Él remiten con todo su ser... Por lo tanto, lejos de estar inclinado sobre sí mismo, esta abierto y referido al mundo.

En el Cántico de las Criaturas, Francisco reproduce su experiencia y su visión unitaria y global de la realidad, donde Dios, el hombre, y todas las criaturas que habitan el espacio creado, son percibidos y vividos en una síntesis espiritual profunda; de esta forma el hombre es llamado a vivir y realizar su humanidad orientada a Dios, y al mismo tiempo, llevando consigo a todas la criaturas, sus “hermanas”, en un único cántico de alabanza y agradecimiento⁴. En la cosmovisión franciscana, la persona humana está esencialmente en relación dinámica. El hombre, desde sí mismo, es un ser proyectado, abierto, referenciado y religado. En un proceso concéntrico y gradualmente expansivo y comunicativo, el hombre vive y se realiza en la relación consigo mismo, con los demás, con la historia, el mundo, la naturaleza y Dios⁵.

El paradigma de la alteridad será el marco referencial desde donde el hombre organiza su identidad, por lo tanto, la pregunta por el ¿Quién soy? va necesariamente precedida por el ¿Quién eres?. Recuperar la noción de alteridad como constitutiva de la

² Cf. Bernard Forthomme Ofm, “La antropología según el Espíritu Franciscano” en *Selfran* 120/XL (2011) 386.

³ Cf. Jorge Peixoto Ofmconv, “La misión franciscana ante el reto de los desafíos urbanos”. III Presencia Franciscana con mirada propia, en: *Nuevo Mundo*, 12 (2010) 268.

⁴ Cf. Giovanni Iammarrone, ofm Conv. “La visión del hombre en la Regla Bulada de los Hermanos Menores integrada con textos de los otros escritos de San Francisco” en *Selfran* 121/XLI (2012) 45-46.

⁵ Cf. F. Martínez Fresneda – J.L. Parada Navas, *Teología y Moral Franciscanas. Introducción*, Murcia, 2002, 180-181.

subjetividad puede ser un modo de asumir que la identidad humana se construye a través del encuentro sensible y corpóreo, del lenguaje y del afecto, en fin, nuestras identidades se enhebran y tejen a partir de la ineludible relación con el otro/la otra⁶. En el actual contexto del dialogo de las culturas, de la relación de género, de la voz de la ecología, del pluralismo de visiones y comprensiones sobre lo humano, el modelo de la alteridad puede ayudarnos a leer y comprender empáticamente los desafíos e interpelaciones del tiempo presente.

2. *La dimensión dialógica. Un hombre capaz de escuchar y acoger muchas voces. Abierto al pluralismo y a la diversidad; con capacidad para el dialogo y en actitud de solidaridad*⁷.

El dialogo compromete todas las dimensiones de nuestra vida: con la creación, con la sociedad, con los que compartimos la vida cotidiana, con la misión que tenemos en nuestro aquí y ahora. “Cuando el diálogo logra encarnarse en forma de presencia, de palabra, de comunidad y de trabajo, se convierte en un signo elocuente de esa paz que acalla los gritos de la violencia y del odio” (Cr. Ramon Lull, *Gentil IV*, Epílogo)⁸.

La dinámica propia del Evangelio es dialógica: es el diálogo en libertad de Dios con los hombres y, al mismo tiempo, el diálogo de los hombres entre sí. Hablamos de diálogo cuando se produce una interacción dinámica entre los que participan de un mismo espacio vital, de una misma conversación, cuando el hablar y el escuchar son momentos de una misma acción del sujeto, y cuando el dar y el recibir se sitúan un plano de reciprocidad.

El diálogo posibilita la actitud y el gesto de la solidaridad. La solidaridad se expresa y realiza en nuestro interés real por el otro y por los otros. ¿Conocemos lo que sucede fuera de nuestros intereses inmediatos, de nuestras instituciones, de nuestros pequeños espacios cotidianos? ¿Qué importancia real tienen para nosotros los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo? ¿De que modo participamos de la vida de nuestra sociedad?. La solidaridad supone una valoración profunda de la vida humana y del espacio real donde reside su hábitat: la tierra, el planeta.

3. *La dimensión minorítica. Un hombre que trasciende la confrontación y el conflicto, como estilo de vida, hacia formas nuevas de convergencia y reconciliación. Se describe dentro de un marco de relación, de cercanía y minoridad*⁹.

El modo de ser “menor” es el camino que Francisco descubre, elige, recorre y le permite vivir una nueva relación con los otros. Una relación donde los demás son importantes, incluso más importantes que él, donde el otro no es una amenaza ante quien hay que sospechar y vigilar, o un enemigo al que hay que eliminar. Cuando Francisco hace

⁶ Cf. Marta Palacio, “El desafío ético de la convivencia humana pacífica” en: *Nuevo Mundo* 12 (2012) 107.

⁷ Cf. Jorge Peixoto Ofmconv, “La misión franciscana ante el reto de los desafíos urbanos”. III Presencia Franciscana con mirada propia”... 269

⁸ Cf. *El Señor os dé la paz...* Orden de Frailes Menores, Roma, 2003, 24.

⁹ Cf. Jorge Peixoto Ofmconv, “La misión franciscana ante el reto de los desafíos urbanos”. III Presencia Franciscana con mirada propia”... 270.

referencia a “los hermanos”, entendido en un sentido nuevo, rompe las categorías rígidas de los opuestos o el binarismo taxonómico partitivo: sanos/enfermos, buenos ciudadanos/malos bandoleros, ortodoxos/herejes, cristianos/paganos; varón/mujer, yo/otros, centro/márgenes... La nueva percepción del hermano rompe la separación entre las gentes del pasado y los seres por llegar, entre las gentes que se han hecho un nombre y los que no poseen ni fuego, ni lugar, ni tierra, ni nombre¹⁰.

En los escritos y biografías de San Francisco, aparecen en diferentes contextos, expresiones como: “*Y los hermanos... no promuevan disputas ni controversias, sino que se sometan a toda humana criatura por Dios...* (Rnb XVI,6); “*...sean menores y estén sujetos a todos los que se hallan en la misma casa*” (Rnb VII,2); “*En una palabra, se comportaba como el súbdito de todos... Por mi parte quiero honrarlos como a hermanos y señores míos. Hermanos míos son, porque todos fuimos hechos por el mismo Creador...* (AP 38-39).

De ésta forma, el “rostro del otro” y que para Francisco tiene varias expresiones: el pobre, el prelado, el leproso, los señores, el bandido, el hermano, la naturaleza, etc., desafía a la “minoridad” como el modo peculiar de ser y de estar en la historia: capacidad de abajamiento y descalces ante el misterio del otro en cuanto “otro”, y la disponibilidad para ponerse a su servicio. Por lo tanto, la minoridad como actitud interior que posibilita un exponerse y dejarse afectar por el otro, no solo es un gesto, sino también una decisión por el otro, decisión de acogida, cercanía, hospitalidad e inclusión.

4. *La dimensión fraterna. Un hombre que habita la tierra guiado por el paradigma fraterno del “cuidado” del hermano y de la naturaleza que también es su hermana*¹¹.

El término “cuidado” deriva del vocablo latino: “cura”, y significa hacerse cargo del otro, y el contexto en el que se utiliza el término es el de la relación afectiva y de amistad. Expresa la actitud de inquietud, desvelo, preocupación por la persona, dedicación al otro. No se trata del cuidado en cuanto categoría moral (deber ser), sino que se trata de un modo de ser y vivir lo humano, como actitud vital frente al otro (decisión ética). “*Y recuerden los ministros y siervos que dice el Señor: No vine a ser servido sino a servir, y que, al haberles sido confiados el cuidado de las almas de los hermanos, tendrán que dar cuenta de ellas...* (Rnb IV, 6).

La capacidad para sentirse afectado por el otro, de implicarse en su vida sin poseerlo ni humillarlo, son los contenidos normativos de toda relación fraterna. Admitir la prioridad de la bondad y del cuidado, cuyo fundamento para Francisco es la bondad original de Dios, impulsa un nuevo modo de vivir las relaciones interpersonales, que renuncia a todo tipo de poder y dominación, de reducción del otro a un objeto sin historia ni sentimientos. Admitir la prioridad del cuidado hace que todo encuentro humano tenga valor y sea posible la convivencia. “*Y manifieste confiadamente el uno al otro su propia necesidad, para que éste le encuentre lo necesario se lo proporcione. Y cada uno ame y nutra a su hermano, como la madre ama y nutre a su hijo...*” (Rnb.IX, 10-11).

¹⁰ Cf. Bernard Forthomme Ofm, “La antropología según el Espíritu Franciscano”... 394-395.

¹¹ Cf. Jorge Peixoto Ofmconv, “La misión franciscana ante el reto de los desafíos urbanos”. III Presencia Franciscana con mirada propia”... 270.

El franciscano es fraterno desde la experiencia de fraternidad con el leproso¹². Podríamos volver al icono del encuentro de Francisco con el leproso desde el a perspectiva de la filosofía de la alteridad, promovida por Emmanuel Levinas¹³. De esta forma, se experimenta la fraternidad universal y cósmica desde la experiencia fraterna con el rostro del otro (Leproso) que trastoca al sujeto (Francisco) provocándole un dolor, por la indefensión y vulnerabilidad propias del rostro (Leproso), dolor que es expresa como responsabilidad y un hacerse cargo del rostro revelado. Así, el rostro del Leproso irrumpe y deja su huella en la pasiva sensibilidad de Francisco antes que él lo elija. Deja su huella como un clamor que lo individualiza y al mismo tiempo le exige hacerse responsable y responder a su vulnerabilidad¹⁴. De este modo, la experiencia del otro “como rostro” implica el “cara a cara”, anterior al contacto y la tematización, como experiencia fundante de toda relación.

¹² Cf. Fidel Aizpurúa Donazar, ofm cap, “Y los traté con misericordia (Test 2). Una lectura social del icono del abrazo del hermano Francisco co el leproso”, en *Selfran 97* (2004), 47-62.

¹³ Un importante ensayo introductorio al pensamiento del filósofo Emanuel Levinas, se puede encontrar en el trabajo de Nicolás Di Biase “E. Levinas: una introducción a su pensamiento”, en *Nuevo Mundo*, 12 (2010), 89-97.

¹⁴ Cf. Marta Palacio, “El desafío ético de la convivencia humana pacífica”...104. Para profundizar en la temática de la “epifanía del rostro”, en cuanto a su irrupción y afectación, se puede recurrir al trabajo de María Alcira Sodor “La conciencia afectiva en el padecer y en el com-padecer”, en: *Nuevo Mundo*, 12 (2010), 75-87.